

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS



Tomas Moore.

TOMÁS MOORE.

*Mucho le será pedido al que mucho hubiese recibido.
Cuando se meditan estas palabras el corazon se llena de*

SEGUNDA SERIE.—1837.

compasion por el hombre dotado de altos talentos que no ha comprendido lo sério de la vida y que ha vegetado infiel á su mision: flor cuyo fruto no ha llegado á sazón y que arrebatando los vientos de marzo sus hollados pétalos y finos estambres muere sin dejar duraderas huellas.

Cada uno de nosotros, pequeño ó grande, está llamado

AÑO XV. 31.

en su capacidad á cooperar á la obra divina, á la incesante transformacion, á la continua mejora del conjunto de que forma parte. Unicamente poseyendo una alma ardiente y determinada ó fria é involuntaria, á ella le toca desplegar el celo del perseverante servidor, del hijo obediente y dócil al padre que le creó, ó bien no ser mas que un animal de la materia vil que, sin participar, sirve para su misma descomposicion.

El árbol que se corrompe en el seno de un pantano ayuda á la obra eterna de la fecunda naturaleza; en tanto cuanto pudo produjo en los campos flores y frutos, y sus verdes hojas provocaban los cánticos de los pájaros y las melodiosas canciones del poeta. Empero el árbol cumple su destino, y el hombre cumple el suyo: puede siempre florecer sus ramas, siempre madurar sus frutos: si abortan, si perece, es culpa suya. Así Moore, armonioso y gracioso, Moore dispó en el viento la mayor parte de sus perfumes y perdió sus acordes acentos sobre todas las brisas. ¡Ay! mejor quiso dejarse llevar de las pasiones que dirigirlas. En lugar de servir á su desgraciada patria, á su querida Irlanda, se contentó con ponerla un momento de moda: y cuando hubiera podido ilustrar, allanar para ella un camino difícil, se limitó á hacerla brillar sobre tristes torbellinos, efímeros fuegos fátuos.

Nacido en Dublin el 23 de mayo de 1770, Moore era hijo de un comerciante de vinos, que mas tarde pudo dar mas estension á su modesto establecimiento, gracias al corto dote de su muger Anastasia Codd, de Wesford. Fruto primogénito de una union tardía, el niño fué desde luego el objeto de una idolatría sin límites. Su prodigiosa memoria, su maravillosa facilidad en aprender, el talento que su rostro infantil y su pequeña talla hacian exagerar por su precoz ventaja, el náo de orgullo á su madre, y fué mimado y adulado por las esperanzas y ambicion de toda la familia. Hacia fines del siglo XVIII el interior de las casas de la gente pobre era mas literario que lo ha sido luego. En esa frecuente reunion, en lugar de asuntos del lujo y la moda, única distraccion de las tertulias de nuestra época, se buscaban entonces los goces intelectuales: se hablaba del dia, se tocaba música, se bailaba y representaban proverbios y comedias caseras por la noche; en una palabra, se divertian. Moore, en sus memorias escritas en 1830, hablando de sus primeros años se detiene con complacencia sobre las diversiones de aquellos tiempos juveniles. Desde entonces era el punto de mira de todos, y prodigio entre los pequeños anunciaba ya, el honor de ser un dia el juguete de los grandes. Sus visitas á miss Dodd, á cuya casa su madre, deseosa de presentarle en una sociedad mas elevada que la suya, le enviaba las fiestas de Navidad, eran verdaderas ovaciones: me acuerdo sobre todo, dice con entusiasmo, cierto dia en que daba un té y que en secreto permanecí dos horas oculto bajo la mesa. Atisvaba, teniendo un organillo entre mis rodillas, el momento de sorprender á todo el mundo por una música inesperada y que no supiesen de donde venia. A pesar de mi viva inteligencia, añade, yo era muy niño y no veia entonces ninguna diferencia entre mí y los otros chiquillos de mi edad: pero un cierto capitán Mahoni, huésped de miss Dodd se divertia en decir riendo á mi madre que estaba seguro que yo tenia puntos de contacto con la raza de los duendes. Muchas veces, á la hora del

desayuno, me interpellaba con gran satisfaccion mia y exclamaba:—Tomás, la luna estaba hermosa y clara esta noche: ¿y qué noticias tienes de tus amigos de las colinas? Habrás bailado lindamente con ellos, estoy seguro.

A los siete años, Moore, siendo discípulo de Samuel Wibite, al que dirige su primer soneto, entraba en la escuela de gramática donde treinta años antes Sheridan habia sido educado. Allí se desarrolló la vanidad sembrada en aquella alma jóven por el entusiasmo materno y la exageracion del mundo. La envidia de los padres de los otros discípulos realzaba todavia los triunfos del niño Tomás.

—Es un muñeco viejo que lo mas tiene doce años, exclamó un dia la madre celosa de uno de sus rivales.

—¡Bah! replicó un amigo, es preciso entonces que haya nacido de edad de cuatro años.

Y la memoria del niño registra esta réplica.

La casa de una actriz muy célebre en Dublin fué una nueva ocasion de gloria para el niño precoz. Admitido á recitar delante de miss Campiam la *fiesta de Alejandro*, célebre trozo de verso de Driden, se sintió, dice, mas orgulloso con las miradas de elogio de la hermosa señora que hubiera podido estarlo mas tarde con un saludo de Corina al subir al Capitolio. Tambien se presentó sobre el teatro en la sociedad de lady Worruve; el jóvenito recitaba el epilogo de un pequeño sainete, y se estremecia de placer al leer su nombre impreso en el programa de la fiesta.

En sus vacaciones, pasadas en las orillas del mar, organizaba y disponia comedias cortas de sociedad, y en medio de la compañía de niños que electrizaran sus alegrías, autor, actor y director á la vez, con los ojos insinuantes, su esbelto y bien cortado talle, brillaba como el mas chiquito, como el mas ligero, como el mas ágil de los arlequines. La despedida á la infantil compañía de cómicos al marcharse, compuesta y recitada por Moore, fué su segundo ensayo poético: el primero habia sido inspirado por un juguete de moda, la banderola.

La conmocion de la antigua sociedad francesa al disolverse por la revolucion se dejaba sentir en toda Europa y en ninguna parte mas que en Irlanda. Uniéndose, aun cuando por frágiles vínculos, al movimiento político de su tiempo, Moore desde el principio, como hizo durante todo el curso de su vida, desfloraba cual una mariposa todos los objetos serios ó frívolos. Acababa de fundarse en Dublin un periódico y quería publicar el retrato del niño poeta. Su madre tuvo el buen juicio de negarse á ello; pero se alegró al ver al estudiante de trece años ser uno de los colaboradores de la *Antropología*, revista que murió al cabo de dos años (como mueren en Irlanda todas las tentativas de este género, escribia mas tarde el mismo Moore) falta de dinero y de talento: porque, insiste, jamás la Irlanda combate ni lucha pasablemente sobre su propio terreno.

Apenas de edad de quince años, pasando de la escuela de Wibite á la universidad de Dublin, el jóven Moore galvanizaba á dos dependientes de su hermano y fundaba con ellos una oficina de experimentos en el oscuro rincón de la trastienda de la casa. Se puso muy orgulloso con ser miembro de una *sociedad histórica* fundada por los estudiantes mas antiguos y mas serios, sociedad que fué el

núcleo de la conspiración provocada con tanta criminalidad, ha dicho Moore, comprometida con tanta temeridad y tan cruelmente castigada en 1798. En esta asociación contrajo amistad con el pobre Eduardo Hudson deportado después á Africa.

El impulso que debía despertar sus verdaderos acentos poéticos lo recibió de aquel joven. Hudson había recogido minuciosamente, coleccionado, transcrito, las antiguas canciones irlandesas que tocaba con su flauta con emoción y sentimiento, y como Moore las repetía con mucho gusto, la poesía nació de él de un profundo sentimiento musical. El ritmo, la sensación, la armonía parecen ser en efecto el verdadero manantial de esos versos de variados metros, melodiosos, fluidos, brillantes, de poco aliento, que mecen el pensamiento sin profundizarlo nunca y que interpelean de pronto como para dejar respirar al cantor.

Los patrióticos sentimientos del poeta datan desde la época de padecimientos para la Irlanda. Moore vió destilar sangre á esa ardiente juventud que con mas abnegación que juicio estrechaba las cadenas de la patria queriéndolas romper, y la muerte heroica de Emmet, uno de los gefes de los conjurados, que fué mas tarde el asunto de dos de las mas interesantes melodías del poeta irlandés. Las pruebas de la conspiración se encontraron en una carta cogida en casa de una joven. Emmet la habia escrito, y temblando de ver comprometida á la que amaba prometió no abrir la boca en su propia defensa con tal que el ministerio público se comprometiese á no hacer ningun caso de la carta para molestar á la joven que amaba. Temiase la elocuencia de Emmet en la barra del tribunal y sobre el patíbulo: la condición fué aceptada. Murió silencioso.

—;Que nadie escriba mi nombre sobre mi sepulcro! fué su única súplica, y Moore la ha cumplido así:

«No se murmura su nombre que duerme en la sombra donde frios y sin honor reposan sus despojos; mudas, som-

brías, heladas, caen nuestras lágrimas, cual el rocío, sobre su cabeza humedeciendo el césped; por el rocío de las noches, cuando llora el silencio, reverdece la yerba sobre su sepulcro, y nuestras lágrimas vertidas en secreto conservarán su memoria fresca y verd; en nuestros corazones.»

La melodía quince parece tambien inspirada por esta dolorosa historia. Moore confunde allí los dos amores que entusiasmaron la vida del joven héroe irlandés, y al hablar en la primera estrofa de la novia se dirige en la segunda á su patria.

«La que el soñador no ha dejado tras de tí sino el nombre de su falta y de su dolor ¡oh! di; ¡llorarás tú si ennegrece tu memoria una vida que ha sido sacrificada por tí? ¡Sí, llora! Y cualquiera que sea la sentencia de sus enemigos no borrarán tus lágrimas: porque el cielo es testigo de que el culpable entre nosotros no ha sido sino muy fiel para tí.

«Ídolo de los sueños de mi primer amor, todo pensamiento de mi naciente razón te pertenecía; tu nombre se mezclará con el mio en mi humilde y última oración. ¡Oh! ¡benditos sean los amantes, los amigos que vivirán por ver los días de tu gloria! Pero después de esa alegría la mas cara bendición que puede conceder el cielo es el orgullo de morir por tí!!!»

El atractivo de las melodías, que llevaron al apogeo el talento de Moore, nos hace pasar un intervalo de catorce años. Lejos de allí todavía, rechazado como poeta de todas las profesiones liberales, el pobre joven irlandés, siempre lleno de filosofía, provisto por toda fortuna de un escapulario bendecido, que debía proteger mal su inocencia, y de algunas guineas cosidas por la mano materna á su cinturón que llevaba ceñido al cuerpo, fué en 1800 á abrirse en Londres la única carrera que era permitida entonces á los jóvenes de su religión; el noble estado de abogado.

FERNANDO BELTRAN.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS CRISTIANOS DEL LIBANO.

LOS MARONITAS.

Los maronitas son franceses de tiempo inmemorial.

NAPOLÉON.

Y decían: muramos todos en la inocencia de nuestro corazón, y el cielo y la tierra serán testigos de que nos hacemos morir injustamente.

MACABEOS, LIB. III. CAP. 2.

Hace treinta años que una nación célebre y desgraciada atraía las miradas y la conmiseración de la Europa, y sobre todo de la Francia. El nombre de la Grecia estaba en todas las bocas, la tribuna resonaba con quejas en favor suyo; por todas partes se abrían suscripciones para enviar á los hijos de Leonidas, á los compañeros de Canaris, oro y armas;

las mugeres eran sobre todo abogados ardientes de la causa de los helenos; los jóvenes poetas de aquella época, Victor Hugo, Lamartine, Giraud, evocaban en sus mas tiernos versos los recuerdos mas nobles de Atenas y Esparta, y como ha dicho un autor ingenioso, semejantes á los antepasados, los griegos formaban sus filas al compás de la lira.

Este generoso arranque con que se distinguió la restauración era muy justo; la causa de los griegos era noble, bella; pero en nuestros días otra causa ha surgido mas noble, mas bella, mas santa sobre todo; y la indiferencia, el materialismo, han hecho entre nosotros tanto progreso, que ni un corazón ha palpitado por esta causa, que ni un brazo se ha levantado para defenderla, que apenas han osado hablar de ella algunas plumas oscuras, y que únicamente algunas mugeres han encontrado en bolsas siempre vacías por la caridad, un último óbolo para socorrer inmensas miserias.

En días mejores hubiese agitado esta causa á la Europa

entera, y hubiese hecho salir los navíos de guerra de los puertos de Marsella y de Tolon, porque se trataba de la antigua aliada del pueblo francés, de la nacion maronita, colocada hace mil doscientos años bajo el protectorado de los franceses. La fria indiferencia con que gobierno y particulares han recibido la noticia de los desastres y asesinatos que han ensangrentado el Líbano, nos recuerda involuntariamente este triste versículo de la Sagrada Escritura: *¡El justo ha muerto, y nadie se cuida de él!*

Sin embargo, como hombres, como católicos, como cristianos, esa tierra antigua del Líbano, cuna del género humano, en la fé de Cristo antigua y fiel aliada de nuestros reyes, tiene justos derechos á nuestra simpatía. Allí están todos los recuerdos de nuestros primeros estudios, de aquellos estudios hechos sobre las rodillas de nuestras madres, cuando ellas nos enseñaban las imágenes de la Santa Biblia. En el seno de esa comarca admirable es donde vivió el primer hombre; un valle conserva allí el dulce nombre de Eden; la tumba de Abel todavía está allí rodeada de respeto; aquella construccion gigantesca es el sepulcro de Noé, del segundo padre de la raza humana; ese rio (NAHZ → Abraham) habla del Santo Patriarca en que todas las naciones son benditas; la piedra sepulcral de Moisés, fué descubierta allí por un pastor en 1635; á esas cavernas es á donde se retiraban los profetas perseguidos por los reyes de Judá: segun una tradicion popular, Elías y Enhoc se ciernen insensibles sobre la tierra donde vivieron, y aguardan desde allí el día de la justicia y de las venganzas. Esa tierra, en fin, ha visto al Salvador, es la patria de Jesucristo.

Echad una mirada sobre el mapa, ved esos nombres que han ilustrado desde muy temprano vuestro corazon y vuestra memoria; Bethleem, donde nació el Dios que se hizo esclavo por salvarnos; Nazareth, donde treinta años de su preciosa vida se pasan en oscuros y rudos trabajos; Genzareth, Tiberiades, el pais de Sidon, testigos de su predicacion y de sus milagros; Jerusalem, en fin, la ingrata Jerusalem, donde sufrió las ignominias del Pretorio, *de donde salió llevando su cruz*, en donde suspendido por tres heridas, dió á Dios su Padre el último suspiro de su vida mortal, y á los hombres la vida por su muerte.... Todos esos lugares queridos y sagrados que nos son familiares desde nuestros primeros años, cuyos recuerdos están unidos á los mas grandes hechos de nuestra vida, que son para todos los cristianos una segunda patria de alma y corazon, esos lugares son la patria verdadera de los maronitas, y la causa de esos santos vestigios y la del pueblo que hace mil ochocientos años los rodea con un culto asiduo, es la causa por que vamos hoy á abogar.

Para poblar aquel bello pais en que se encuentra el valle de Saaron con sus flores, los prados de Bazar con sus rebaños, el Carmelo con sus rocas, y las montañas de Gabon con sus aloes, sus sicomoros y sus perfumados te-rebintos, para poblar aquel pais en que el Líbano eleva á la vez las masas gigantescas y graciosas de sus altas montañas, tapiadas en su base de olivos y naranjos, coronadas por los cedros siempre verdes, que el Eterno mismo ha plantado, *quos plantavit Altissimus*; para poblar ese pais, del que las Sagradas Escrituras han tomado sus poéticos símbolos, se necesitaba una noble raza: Dios eligió su pueblo entre la raza siria. Llamó á Abraham del pais de los asirios

diciéndole: —Abandona la tribu y la casa de tu padre y ven á la tierra que yo te señalaré; tú seras el padre de un gran pueblo. —Eliecer encontró cerca del pozo donde bebían los camellos á Rebeca la siria, que salía tambien del pais de los asirios para casarse con Isaac, el hijo de Abraham; y Jacob, hijo de Isaac, toma por mugeres á Lia y Rachel las sirias que dieron á luz á los gefes de las doce tribus de Israel. Estos patriarcas conducían sus rebaños tan pronto por la Palestina, tan pronto por el Líbano; y luego que Dios, *con brazo poderoso y mano elevada*, hizo salir su pueblo de la servidumbre de Egipto, dice á Moisés sobre el monte Horeb. —Pasa al pais de Canaan y al del Líbano; he ahí lo que te he entregado. —Y los hebreos despues de cuarenta años transcurridos en el desierto, entraron en la Tierra Prometida, en la Palestina y el Líbano; edificaron allí ciudades y aldeas. David, cantó las maravillas de la creacion en aquel pais, el mas bello que ha salido de las manos del Criador; desde la cima de los montes que parecen desplomarse sobre las olas, oja la mar, y arrojó el grito de entusiasmo que resonó á través de los siglos; cantó los cedros del Líbano y los pájaros del cielo que se abrigan bajo sus ramas y exaltó la gloria del Todopoderoso al maravilloso aspecto de las obras de su diestra. Salomon el rey pacífico, consagró al templo del Señor los cedros de la santa montaña, y él mismo se edificó su palacio en aquellos lugares amados de Dios y de los hombres. Mas tarde los santos profetas fueron á llorar en las grutas del Carmelo y del Líbano las infidelidades del pueblo de Israel; y cuando se cumplieron las profecías, cuando la tierra entreabriendo su seno hizo germinar al Salvador, bien pronto Jesucristo fué á orar sobre los montes y en los desiertos del Líbano. Allí es donde predicaba, allí es tambien donde predicaron los apóstoles. De la boca misma del Principe de los apóstoles, á la sazón residente en Antioquia, el pueblo del Líbano ó el pueblo maronita, se honra de haber recibido la doctrina del Salvador; y segun una piadosa tradicion la Virgen madre de Dios, y San Juan, su hijo adoptivo, confirmaron en la fé con sus exhortaciones, ese pueblo elegido de Dios. Y cuando sonó la hora de las venganzas divinas, cuando Tito plantó las águilas en el monte de las Olivas, entonces dóciles á las palabras del Maestro, los cristianos de Jerusalem, guiados por San Simeon, su obispo, *emprendieron la fuga hacia las montañas* y se refugiaron en el Líbano, donde su posteridad existe todavía, sigue sus huellas y conserva de padres á hijos con una envidiable fidelidad las leyes del cristianismo y las tradiciones de la Tierra Santa.

Decid: ¿no valen tanto esos recuerdos como los recuerdos de la Grecia? El cabo de Sonium es mas querido para un corazon cristiano que las montañas de las Bienaventuranzas; ¿Preferireis la elegante Atenas á la humilde Bethleem, las leyes de Licurgo ó las leyes de Jesucristo, y los recuerdos de Esparta á los recuerdos del Calvario?

Todavía hay otros motivos que imponen á los cristianos un noble deber para con los maronitas. Como hemos dicho al principio, aquel pueblo es francés de tiempo inmemorial, por la proteccion que le han dado todos los reyes desde Carlo-Magno hasta nuestros días. Desde las primeras edades de la era cristiana, se encontraron rodeados los fieles del Líbano de paganos, de idólatras, de cismáticos, cuyos multiplicados errores no pudieron alterar su fé. La vida cenobítica parece haber tenido su

nacimiento en aquellas comarcas; millares de grutas y cavernas se abren en los flancos de las montañas, y han servido de asilo á tribus solitarias cuya *conversacion era con el cielo*.

En el cuarto siglo vivia en una de esas grutas un santo religioso llamado Maron, cuya celebridad se habia extendido á lejanos paises por el resplandor de sus humildes virtudes; se dedicó con celo y predicaciones á conservar puro el espíritu del cristianismo entre sus compatriotas; él y los discípulos que reunió en un monasterio orillas del Oronte combatieron especialmente las heregias de los nestorianos y de los eutiquianos; «y tal fué su influencia en aquellas comarcas, que los cristianos de Siria, que jamás habian abandonado el sendero de la fé, la han conservado intacta hasta nuestros dias: se refugiaron cerca de los monges como inmediatos á sus guias espirituales.» Todos los católicos fervientes de aquellas provincias, perseguidos por los hereges á quienes protegia la corte de Bizancio, se refugiaron en Siria y en el Líbano en el sétimo siglo, y la heregia de los jacobitas encontró un nuevo y animoso adversario en otro cenobita llamado tambien Juan Maron. Viajó por la montaña y por las comarcas de los valles y llanuras, hablando al pueblo, predicando la única y verdadera Iglesia, y estrechando mas y mas los lazos que unian aquel pueblo á la barca de Pedro. Su celo y sus obras fueron coronadas del mas grande éxito; y la Iglesia romana, á la que tan generosamente habia servido, le colocó en el número de los santos; y la nacion que él amaba con un amor de padre tomó de este bienaventurado defensor de la fé el nombre bajo que es conocido hoy, honrándose con llevar el nombre de un gran santo, de un excelente y fiel servidor de Dios.

Bizancio habia entrado en aquella agonía deshonrosa, que debia terminar en tan completa ruina, cuando Dios lanzó del desierto las hordas musulmanas, los salvages hijos de Othman, como un diluvio que debia vengarle de las heregias y de las infidelidades del Oriente. El Líbano opuso un dique á aquella feroz irrupcion. Como Pelayo en las grutas de Asturias, los maronitas comenzaron aquella guerra santa, aquella cruzada contra el islamismo. Durante ochocientos años, han escrito con su sangre su catolicismo y su denuedo en las rocas de sus montañas; y menos felices, aunque tan brávos como los reyes de Leon, como el Cid campeador, ¡no han encontrado un poeta que celebrase sus hazañas y su fidelidad! Hasta el siglo IX no cesaron de luchar, no dejando un instante de reposo á los que querian destruir la religion católica, á los que querian que la media luna reemplazase á la cruz; pero los montañeses la habian plantado firmemente en las rocas, y formaban á su alrededor una muralla viviente, con huesos de hombres arrojados y dispuestos á sacrificarse hasta morir.

En el siglo IX, una luz de esperanza brilló á sus ojos: supieron que el emperador de Occidente, Carlo-Magno, el rey francés, habia pensado en los Santos Lugares; que el califa Aroun-al-Raschid le habia enviado las llaves del Santo Sepulcro, y le habia reconocido la posesion de la Tierra Santa, como es fácil cerciorarse por los escritos de Eginhard. Desde entonces (810) los maronitas fueron considerados y se miraron como súbditos franceses: desde de esa época han reclamado la proteccion de la Francia,

y han recibido pruebas de ella, hasta los años fatales de que datan sus mas grandes adversidades.

Las cruzadas estrecharon aquel primer lazo; cuando, desde la cima de los montes vieron los maronitas arribar los soldados de Godofredo de Bouillon, salieron á su encuentro con víveres y armas, gritando con alegría: ¡Francos! ¡francos! y las cruzadas encontraron hombres y guerreros fieles en aquel pueblo, que hacia cuatrocientos años habia comenzado la guerra santa. Tomaron una parte activa en todas las guerras de la cruz, y mezclaron su sangre con la de los cruzados, á quienes miraban como sus compatriotas y hermanos. Una carta de San Luis, rey de Francia, conservada en los archivos de los maronitas, prueba que el santo monarca miraba á los pueblos católicos del Líbano como *formando parte de la nacion francesa*; (son las propias palabras de la carta, fechada en San Juan de Acre el año 1250); y cuando ya la Europa no envió mas soldados á la defensa del Oriente, los maronitas continuaron defendiendo su fé y su libertad, reclamando los socorros de la Europa, que no cesó de protegerlos por medio de sus príncipes y embajadores.

Francisco I les defendió contra Soliman. Enrique IV solicitó para ellos de la Puerta Otomana privilegios que les fueron consignados; Luis XIII siguió la misma conducta; Luis XIV les protegió eficazmente con su nombre, sus embajadores y sus liberalidades; Luis XV en sus cartas de proteccion, proclama altamente que de tiempo inmemorial estaban los maronitas bajo el patronato real de Francia; la misma Convencion ratificó los antiguos tratados; conoció que iba en ello el trono y el interés de la Francia; y al mismo tiempo que entregaba los sacerdotes franceses á los verdugos, dejaba flotar en señal de protectorado la bandera tricolor sobre las iglesias y monasterios del Líbano.

Napoleon no podia descuidar este importante asunto; reconoció que los maronitas eran franceses desde tiempos remotos; así se lo dijo al padre del actual delegado de la nacion maronita, el reverendo padre Azac, que mandaba los libanistas que habian ido al campo francés; no lo olvidó éste; y cuando despojado de sus bienes era indignamente tratado por el cruel Djeccezzan (el carnicero), le respondió:—Bonaparte vendrá, lo ha prometido.... Si el cielo me concede un hijo, le llamaré con su nombre.... Y al presente su hijo vive en las montañas, llevando el nombre de Napoleon Bonaparte.... Cuando el reverendo padre Azac refirió estos detalles al príncipe Luis Napoleon, una lágrima corrió de los ojos de éste.... El hombre ha llorado: ¿qué hará el príncipe.... hoy emperador?

Diremos breves palabras del estado político del Líbano, especialmente antes de 1840, á fin de hacer comprender mejor los sucesos de 1842 y de 1845. Este pais, gracias al valor de sus habitantes, disfrutaba una noble independencia; era gobernado por un emir, que desde el siglo XVII se venia eligiendo en la familia de Scheab, musulman originario de la Meca. Esta familia convertida cerca de doscientos años hace por el celo del clero maronita, estaba representada á principios de este siglo por el emir Beschir, padre de sus pueblos, inteligente y bravo, daba la paz y la prosperidad á las montañas del Líbano. Fundaba colegios, construia monasterios, y no tenia otras relaciones con la Puerta que las que resultaban del tributo vo-

luntario que le pagaba, no en señal de homenaje, sino á fin de garantizarse de las vejaciones de los pachás de Aleppo y de Damasco. Sin embargo, cuando Mehemet-Ali, pacha de Egipto, hizo la conquista de la Siria, Beschir debía hacer alianza con él. Y desde aquel momento la libertad de los montañeses, comprada á tan alto precio, quedó acordada. Mehemet perdió la batalla de San Juan de Acre (1840); las tropas egipcias se retiraron, y los musulmanes sostenidos por el oro de Inglaterra, penetraron en el Líbano. El anciano emir fué invitado á presentarse en la escuadra inglesa, mandada por el comodoro Napier; tenia un firman que le garantizaba, así como á sus descendientes, la dignidad de emir; se creía en seguridad entre los representantes de un pueblo cristiano. Mas apenas estuvo á bordo cuando el navío aparejó para Malta; se declaró al anciano príncipe que era prisionero de guerra.—En esa cautividad ha muerto con cuatro hijos suyos, no sin sospecha de envenenamiento. Desde este momento comenzó para los maronitas una era de desastres; vencidos á pesar de una heroica resistencia por las fuerzas superiores de los turcos, de los drusos y de los metnalis, tribus paganas que pueblan una parte del Líbano, vieron su noble y bello país devastado por esas hordas feroces, sin que la voz de la Francia, tan poderosa en otro tiempo, se hiciese oír para protegerlos: estaban abandonados los monasterios, las iglesias; miles de casas de particulares, fueron saqueadas y entregadas á las llamas; los magníficos plantíos de naranjos, de olivos, de pinos, de moreras, fueron cortados por el pie y arrojados al fuego, sin que se librasen los mismos tan celebrados cedros.

Las tierras comprendidas entre Beirut, Damasco y Nazaret, fueron completamente arrasadas; se llevaron los instrumentos de labranza, los animales domésticos; hasta quemaron los gusanos de seda, á fin de impedir á aquellas poblaciones laboriosas continuar su industria. ¿Cómo describir las crueldades cometidas contra los cristianos? la sangre corriendo á torrentes, los niños degollados, las mugeres puestas al tormento, ultrajadas, entregadas á una brutal soldadesca; los hombres, los ancianos sacrificados á millares, los sacerdotes, los religiosos quemados vivos, con un refinamiento de caníbales. El reverendo padre Azac, delegado de los maronitas, cuenta cuarenta y seis personas de su familia asesinadas por los bárbaros, y entre ellas su padre, de edad de noventa y cinco años; y sin embargo, la Francia no levantaba la voz. Dominada por la política de Inglaterra, no se atrevía á reivindicar sus derechos sobre aquella tierra de Oriente, donde tanta sangre francesa había corrido. Un gobierno sobre el que Dios ha dejado caer su cólera, abandonaba cobardemente á la antigua rival de la Francia aquella magnífica comarca donde el comercio inglés espera crearse un nuevo Gibraltar, y abrirse un paso para las grandes Indias. En vano esperaban los maronitas con los ojos vueltos hácia el Occidente: el socorro tan largo tiempo esperado no llegaba; los navíos de guerra franceses pasaban por el mar del Archipiélago, anclaban en Beirut, y desde allí podían ver las llamas que devoraban la montaña; ¡y ni uno hubo que lanzase una andanada de cañonazos!

Y sin embargo, aquel pueblo del Oriente, tan fiel en sus amistades, esperaba siempre; creyó que la presencia de un maronita despertaría las simpatías de la madre pa-

tria. El patriarca de Antioquía y trescientos treinta y seis gefes políticos del país, eligieron el vicario general de la diócesis de Sidon-Osaida, el reverendo padre Juan Azac, de la familia de Kaman, una de las mas ilustres de la Siria, y le delegaron en su nombre para ir á implorar la proteccion de la Europa. Fué primero á Roma, donde el Santo Padre le acogió como á un hijo querido; luego fué á Francia. Llamó á muchas puertas; saboreó las amarguras de la emigracion; *supo cuán áspera es la escalera de otro; cuán amarga la sal del extranjero*; enfermo, desconocido, pobre, mirado alguna vez como un falsario, recibiendo de su patria cartas en que le anunciaban la devastacion de la diócesis de que era gran vicario, la ruina y el incendio del seminario donde habia educado tantos discípulos, el saqueo de su ciudad natal, el asesinato de su padre, de sus hermanos y parientes; se veía rechazado por una indiferencia mas terrible todavía que una negativa positiva. Muchos años se pasaron dando pasos vanos cerca del gobierno; pasos dados con el celo mas ardiente, defecciones sufridas con la mas humilde paciencia; entónces fué cuando el padre Azac se resolvió á probar el último esfuerzo; se dirigió á los particulares, solicitó su limosna para sus pobres hermanos de Oriente; fundó bajo el título de *Obra de Nuestra Señora de Nazareth, en favor de la nacion maronita*, una piadosa asociacion cuyos miembros, organizados en decenas, daban cada año un franco y veinte céntimos, humilde ofrenda de los católicos de Francia á los católicos del Líbano, gotitas de agua que reunidas por la caridad, formaron una corriente abundante. Esta obra fué aprobada por una bula de nuestro santo padre el papa Pio IX (1848), que escitó á todos los fervientes católicos á concurrir á ella de un modo activo. Las sumas que proceden de aquella suscripcion se envian al patriarca de Antioquía, y se destinan á levantar las casas arruinadas, á reparar y volver á amueblar las iglesias; sirven sobre todo para combatir la propaganda inglesa, que inunda el Líbano y la Siria de Biblias y de misioneros bíblicos, y que ha fundado allí *catorce escuelas protestantes*, en las que para mejor asegurar discípulos, se les da gratis el alimento y el vestido, y dos piastras por día.

He aquí, pues, la obra eminentemente católica, eminentemente francesa, que acabamos de recomendar á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, porque el arzobispo de Saira se ha dirigido á las mugeres de toda la cristiandad para poner el Líbano bajo su generosa proteccion. Así se espresa el arzobispo en esta hermosa carta.

«A las mugeres cristianas, cuyas virtudes, gracia y piedad son perlas sin mancha, conceda Dios la vida eterna!...

»Toda la Europa conoce de una manera exacta esta espantosa catástrofe, esta guerra impía en la que la sangre del justo ha corrido como rios de agua; las iglesias, los conventos, los colegios han sido arruinados; las mugeres, las jóvenes doncellas, las vírgenes consagradas al Señor han sido objeto de odiosas violencias; las imágenes santas, la bendita cruz, han sido entregadas á las llamas; los ministros de Dios han sido el juguete de los bárbaros; las mansiones de los cristianos y todas sus propiedades han sido saqueadas hasta dos y tres veces... Hace siete años que esto dura, siete años que nos resignamos...

Apenas habíamos levantado como habíamos podido nuestras iglesias y nuestras casas, y reparado en tanto como era posible nuestros desastres, cuando los enemigos han destruido de nuevo y asolado lo que tanto trabajo nos había costado reparar; todos los males de que nos colmaron fueron acompañados de horribles barbaries... ¿Cómo referiros esas cosas? los niños, los tiernos niños divididos en dos partes; otros destrozados á sablazos con el seno de que todavía mamaban, con las maternales manos que intentaban librarlos.

»Semejantes al relámpago, nuestros lamentos han recorrido la tierra, y el universo entero ha visto nuestras lágrimas. Nos hemos dirigido á todas las potencias cristianas, y sobre todo á la Francia, por la que oramos todos los días; y de tantas lágrimas, de tantas súplicas, nada hemos sacado, nada mas que un aumento de dolores y aflicciones por parte de nuestros enemigos... Y sin embargo, se conoce nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestra miseria; se han oído los sollozos de nuestros hijos, de nuestras viudas, de nuestros huérfanos; ha visto verter la sangre de los justos, cuyas súplicas han llegado hasta el corazón de Dios. ¡Oh! si los árboles tuviesen lengua, hablarían para atraer sobre nosotros la misericordia, y las mismas piedras darían testimonio en nuestro favor, y dirían que somos dignos de salvación y piedad.

»¿No echaréis una mirada sobre nosotros, á quienes el bautismo, la fé, y la mesa santa, hacen vuestros hermanos? ¿Nosotros los maronitas, no estamos ligados á vosotros de una manera muy especial? Numerosas alianzas nos han hecho parientes de vuestros padres; muchos de entre nosotros son franceses de origen, porque un gran número de cruzados se fijaron en nuestras montañas, y hoy son maronitas. Y todos los días nuestros enemigos nos injurian y se mofan de nosotros por vuestra causa. ¿Dónde, están, dicen, vuestros amigos los franceses? ¿Dónde están vuestros príncipes cristianos? ¿son unos perros infieles!—Y así á cada momento nuestros ojos descienden del cielo á la mar para buscar en ella esos navíos franceses que vienen á salvarnos...

»¡Oh mugeres de toda la cristiandad! ¡Oh hijas de la Virgen de los Dolores, consoladnos y venid á salvarnos, y perdonad las palabras de un anciano! ¿Cómo podría callarse, él, cuya herida es mas cruel, él que mas que ninguno tiene que derramar lágrimas por sí y por su rebaño? Os suplicamos pues, mugeres cristianas, todos nosotros, pueblo maronita, hombres y mugeres, niños y ancianos, religiosos y religiosas, sacerdotes y seglares, que atraigais sobre nosotros la misericordia, hagais se nos devuelva nuestro príncipe y su familia, y ayudarnos por todos los medios que están en vuestro poder.

»Nosotros rogaremos al Dios Todopoderoso os aumente virtudes, vuestra gloria, vuestra vida por todos los siglos. Amen. Amen.

*Abdallah-Boustai, arzobispo de Saira,
y todos los fieles maronitas de su
diócesis, agobiados de dolor.*

20 de diciembre de 1856.

Sentimos haber tenido que abreviar esta admirable carta.

¿Quién podría resistir á esa súplica humilde, fuerte y tierna? ¿Quién podría rehusar su óbolo á nuestros hermanos de Oriente, que velan y oran por nosotros en los lugares donde se verificó la redención del mundo? ¿Quién podría rehusar la limosna del corazón y de la fé, la fraternal acogida y la caritativa ofrenda, á ese digno prelado, animoso embajador de su nación oprimida, que arrostra por ella las amarguras del destierro, los rigores de la pobreza y las humillaciones de esa mendicidad generosa, tan mal comprendida por los felices, los poderosos y los sabios del siglo? Si el reverendo padre Azac viene á llamar á vuestra puerta, abridla de par en par, porque el catolicismo y la España es quienes piden la entrada, y si es posible, dad una amplia limosna á tan grandes infortunios, á tan tiernos recuerdos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

GERARDO DOW.

LA MUGER HIDROPICA.

Nosotros elegimos indiferentemente entre las diversas producciones de Gerardo Dow la que presentamos hoy á nuestros lectores del Museo: la brillante superioridad de *La muger hidrópica*, nos hace detenernos ante este cuadro que es el retrato del pintor mismo, tal cual se le vé en el museo del Louvre que nuestro grabado reproduce y que prepara maravillosamente á comprender el talento del autor. En efecto, se encuentran contornos redondos, graciosos, pero poco correctos y menos atrevidos: un triste aterciopelado, pero no de un claro muy firme, unas fisonomías que no anuncian genio pero sí talento, y sobre todo, una paciencia y trabajo inagotable. El secreto de los

cuadros de Gerardo Dow le esplican ellos mismos. La idea de un precioso acabado no podía separarse en su espíritu de la perfección: sujeto siempre á esta idea en sus obras, puede decirse que hubiera permanecido en la oscuridad si hubiera empleado una manera fácil, espeditiva, para lo que la providencia evidentemente lo había creado. Esto es tanto mas incomprensible cuanto que Gerardo Dow fué el discípulo de Rembrandt, cuya manera es brusca, atrevida, llena de entusiasmo, de fogosidad, de poesía, y hubiera debido aprovechar las lecciones de su maestro bajo este aspecto, como en los colores y claro-oscuro, si por una inclinación irresistible no hubiera sido impulsado á una extrema paciencia, un minucioso cuidado en todos los casos, á una necesidad de puerilidad, mas allá de los límites ordinarios de todas las cosas. Gerardo Dow, que no pintaba sino cuadros pequeños, que rara vez tenían mas de un pie de altura, gastaba algunas veces cinco días en

pintar una mano. Confesó á una de sus amigas que un palo de escoba le habia costado tres dias de trabajo. Para que la limpieza que queria dar á sus obras, no se alterase por ningun accidente, tenia costumbre de encerrarlas en el momento en que las dejaba, y antes de volverlas á tomar, cuando volvía al estudio, permanecia algun tiempo inmóvil para que el polvo mas sutil que pudiera levantar con sus pasos se hubiera posado. Entonces sacaba de una caja con precaucion sus cuadros, sus pinceles y sus paletas.

Ningun obrero podia hacer pinceles que le gustasen y lo hacia él mismo; ninguno podia moler los colores bastante finamente y los molia él mismo sobre un cristal. Daba á todos los detalles y accesorios el mismo cuidado, y ponía en ellos el mismo esmero que en las figuras principales. La representacion de un mueble debia ser para él tan fiel como la de una cabeza. Para conservar la mas grande exactitud en el dibujo usaba de un procedimiento adoptado por el grabado, que consiste en mirar los objetos al través



La mujer hidrópica.—Cuadro de Gerardo Dow.

de la cuadrícula de reduccion. Un mismo número del cuadro trazaba sobre el lienzo, y de esta manera ponía los objetos que veía en la cuadrícula, en la correspondiente al lienzo. Se servía tambien de un espejo que representaba el modelo de tamaño mas pequeño que el natural.

Gerardo Dow pintaba al principio retratos en miniatura; pero su extrema lentitud impacientaba á los que se ponían por modelos, y él mismo se cansaba de mirar á dos

objetos de perfeccion y de semejanza, ó del parecido de la ejecucion. El uno le distraía del otro. Se consagró, pues, á pintar escenas de la vida comun, y siempre con tal minuciosidad que consignaba aun los detalles casi invisibles de la naturaleza. Así es menester casi con un microscopio apreciar el resultado de sus trabajos. Solo ha escogido objetos en los que la imaginacion y la sensibilidad han tenido poca ocasion de desplegarse. Debemos escluir, sin embar-